

LAS IDENTIDADES SUBORDINADAS EN PUERTO RICO, O LOS MULTIPLES ROSTROS DE LA PARCELA

Jaime Colón

A Rubén Valdés.
Buen "cocolo" y mejor negociante.

Hacia el final de este magnífico libro *El Entierro de Cortijo*, Edgardo Rodríguez Juliá describe la indignación con la que reaccionaron ciertas figuras respetables del mundo de la "salsa" —Rubén Blades incluido— ante lo que se les antojaba como un insólito gesto de irreverencia: en pleno entierro, y haciendo caso omiso a las protestas de muchos de los asistentes, un pequeño grupo de jóvenes "salseros" se obstinaba en interpretar desenfadadamente algunos de los éxitos más conocidos del célebre difunto.

El propio Rodríguez Juliá deja entrever las conflictivas significaciones que pueden legítimamente atribuírsele a aquel desencuentro: allí donde muchos sólo vieron la profanación de un ritual que "siempre" se ha querido solemne, acaso estuviese pugnando por abrirse paso una más festiva y desdramatizada "ceremonia del adiós". Era, por decirlo a la manera de Rodríguez Juliá, como si esos jóvenes intentaran perpetuar el recuerdo del ídolo que se les iba, revalidando en un nuevo contexto aquello a lo que el propio Cortijo había dedicado lo mejor de su vida: la salsa. Homenaje, pues, y no voluntad de agravio. Sólo que a partir de un código inédito, difícilmente comprensible para quienes se habían autodirigido en garantes de la ortodoxia en materia de duelo.

La anécdota es reveladora por cuanto ejemplifica las tensiones con las que suelen estar salpicados los procesos —siempre inacabados y a menudo contradictorios— de configuración de las identidades subordinadas. Y es que de eso se trata, a fin de cuentas. La señas de identidad de los "salseros" puertorriqueños se fueron definiendo a contracorriente de los códigos culturales dominantes en la Isla. En el proceso de eliminación de su

particular universo simbólico, los salseros se vieron precisados a desafiar, abierta o subrepticamente, los cánones estéticos —rabiosamente excluyentes, por lo demás— de los sectores “cultos” del país.

Resultan paradigmáticas, en ese sentido, las muchas dificultades con las que tropezaron los grupos de salsa en los años setenta para legitimar la presencia de negros no-blanquedos en los espectáculos televisivos de variedades. Hasta entonces, los supervisores de imagen de los distintos canales de televisión se habían mostrado escrupulosamente fieles al precepto que tal vez nunca fue explicitado, si bien funcionaba con el inapelable rigor de los dogmas: el único negro presentable —vendría más o menos a rezar el precepto en cuestión— es aquel que no lo parece. De ahí los titánicos esfuerzos —dignos de mejor empresa— de peluqueros y especialistas en maquillaje para hacer brotar una segunda naturaleza —más digna, más blanca— de aquellas impresentables fisonomías. El espejismo, sin embargo, solía ser bastante fugaz; por regla general aquella segunda naturaleza terminaba desvaneciéndose a los pocos minutos de iniciada la música, cuando el insolente sudor, convocado al ritmo pegajoso y burlón de los cueros, perversamente se hacía cargo del espectáculo.

No sería justo, en todo caso, imputarles a los técnicos de televisión la responsabilidad absoluta por esta actitud solapadamente racista. Su proceder era el reflejo de unas posturas ante la negritud que, aunque con toda probabilidad se originaron durante la época esclavista, mantuvieron, no obstante, y aún mantienen, un fuerte arraigo en nuestro prejuicio colectivo, como un legado apócrifo al cual a menudo apelan los apóstoles de la distinción social.

Será, pues, contra esas posturas de menosprecio o de abierto desprecio hacia todo lo que evoque el mundo de la “negrada” que estará dirigido el desafío de los salseros. Mas no será ése el único frente en el que habrá de desplegarse la ofensiva salsera. Pues no han sido pocos los negros que han terminado reconociéndose en esa degradada imagen especular construida desde la óptica de “los blanquitos”. En ese sentido, la irrupción del afro en el paisaje televisivo de la isla —gracias sobre todo a la música, pero también al baloncesto y a series enlatadas como Mod Squad— vino a refrendar la presencia de una imagen alterna de los negros en ese circuito privilegiado de lo público en que se ha convertido la televisión; una imagen, por así decirlo, en la que el “otro” comienza a tener entidad propia, y a distanciarse de un encuadre que lo condenaba a someterse miméticamente a los parámetros caucásicos de lo presentable. Tite Curet Alonso intuyó mejor que nadie las posibilidades que a partir de entonces se abrían; le correspondió, sin embargo, a Ismael Rivera la tarea de cantarle en su amorosa manera a “las caras lindas de mi gente negra”.

El punto me parece crucial: fue esa identificación de la salsa con lo afroantillano la que convirtió a la primera en un privilegiado lugar de encuentro desde el cual se fue forjando entre los salseros un sentido del “nosotros”. Pero durante los últimos años el núcleo de los aficionados a ese ritmo ha ido adquiriendo, tanto étnica como socialmente hablando, un carácter crecientemente heterogéneo. Este último proceso ha contribuido, en no poca medida, a desdibujar los contornos de la identidad salsera, al convertir en estricto asunto de preferencias musicales lo que inicialmente valía para designar todo un estilo de vida. Difícilmente podrá encontrarse, entonces, una comunidad de intereses entre el moderno peregrino que ritualmente comparece a cuanta fiesta patronal incluya a Gilberto Santa Rosa entre sus atracciones, y la distinguida anfitriona que decide sorprender a sus invitados con el toque exquisitamente “chic” de una velada amenizada con música del celeberrimo y literariamente canonizado Rafael Cortijo.

¿Crisis de la identidad salsera? Mucho de eso hay, efectivamente. Y me apresuro a añadir, más bien a manera de hipótesis, que el fenómeno de los “cocolos” probablemente habría que entenderlo como el reverso de esa crisis de identidad. La militancia cuasifundamentalista de los cocolos parece haber sido, en efecto, la puesta en escena de una estrategia diferenciadora mediante la cual algunos sectores salseros buscaron subrayar su especificidad dentro de una demarcación —el “nosotros” salsero— que a cada momento se tornaba más difusa. Por tanto, no se deviene cocolo para dejar de ser salsero; es para serlo de un modo más radical que se escoge esa opción. Si se me permite una analogía, los cocolos vendrían a ser respecto a los salseros lo que son los pentecostales respecto a los creyentes cristianos. O, en otro orden de cosas, cabría también ubicar a cocolos y salseros en un sistema de relaciones parecido al que define las posiciones relativas de socialistas e independentistas. En último análisis, es de solista la voz del cocolo: forma parte del coro de los salseros, pero al mismo tiempo se distingue diáfananamente del resto de las voces.

Más concretamente, sería su peculiar estilo de vestir, hacer y decir lo que identifica al cocolo. En realidad, esas prácticas ritualizadas no tienen, las más de las veces, otra función que la de ratificar públicamente la pertenencia del individuo a la tribu cocola. Sería inútil, por consiguiente, intentar explicar desde una lógica utilitaria la práctica —tan difundida hasta hace muy poco entre los cocolos— de cortarles los muelles del sistema de suspensión a sus relucientes vehículos de procedencia casi siempre japonesa. Por un lado el auto se deprecia considerablemente, al menos a la luz de los criterios vigentes en el mercado automovilístico. Por otra parte, su capacidad para circular a gran velocidad queda sensiblemente mermada, pues el efecto

neto alcanzado luego de la operación es el de una carrocería apenas separada del pavimento.

Lo que a mi juicio mueve al cocolo a rebajar su pequeño coche japonés es la búsqueda de un goce estético, tributario de la fascinación asociada con la pertenencia a una secta. Es esa fascinación producida por el exclusivismo de la secta la que también experimenta el cocolo cuando, en una especie de ritual motorizado, circula desafiante en su Toyota rebajado, con el equipo de música de alto volumen *generosamente* alto.

El automóvil ocupa, en definitiva, un lugar privilegiado dentro de este universo, no tanto como medio de transporte, sino más bien como compendio ambulante de muchos de los signos con los que se nutre la identidad cocola. Así, las pegatinas de STP y Champion, los cristales ahumados, y el indiscreto espejo retrovisor que cubre de lado a lado el área superior del cristal delantero constituyen una muestra de esa abigarrada iconografía no pocas veces desplegada en los más insospechados rincones del vehículo.

Pero más que un compendio, quizá habría que pensar el automóvil como la parte más visible del texto cocolo; texto marginal, donde los haya, compuesto a partir de una estética agresivamente excéntrica. Ha sido, en gran medida, esa excentricidad desconcertante y un tanto amenazadora, la que ha llevado a algunos partidarios del canon a intentar descalificar los gustos cocolos, asociándolos con los habitantes de las parcelas. Para los que suscriben ese punto de vista, la parcela parece haberse convertido en la morada oficial del mal gusto. Por eso queda condenado de antemano todo aquello que acuse siquiera cierta afinidad con el mundo parcelero. El procedimiento, ciertamente, tiene un largo historial; sólo que durante mucho tiempo, fueron las asociaciones con las figuras del jíbaro y del negro las que tuvieron ese efecto descalificador.

Poco importa, por lo demás, cuál será la procedencia real del cocolo. Su lugar "natural" se encuentra, a los ojos de los clasemedieros urbanizados, junto a la negrada del caserío o de la parcela; o sea, en esa inhóspita tierra de nadie en que se ha convertido todo lo que está más allá de los portones instalados para controlar el acceso a la urbanización. Para estos nostálgicos del orden feudal, los múltiples rostros del "otro" virtualmente quedan subsumidos en la figura emblemática del parcelero, quien ostenta, a su pesar, la dudosa distinción de encarnar—siempre según los clasemedieros— todos los defectos que en el mundo ha habido. En la noche oscura de nuestros miedos colectivos, todos los gatos son parceleros.

Pero volvamos a los cocolos. ¿Siguen siendo tan fácilmente identificables como lo eran hace apenas un par de años? Y de no ser así, ¿estaríamos acaso presenciando el advenimiento de la era pos-cocola? ¿Constituyen los cocolos, en otras palabras, un espécimen en vías de extinción? Tal vez sea

muy prematuro aún para ofrecer respuestas categóricas a estas interrogantes. Parece bastante claro, no obstante, que ciertas prácticas indisolublemente ligadas al mundo cocolo no cuentan ya con el respaldo del que disfrutaron hasta hace muy poco. Es cada vez más difícil, por ejemplo, tropezarse en la vía pública con alguno de esos Toyotas recortados que en el pasado han hecho las delicias de quién sabe cuántos cocolos bona fide. ¿Representa esta merma un repliegue táctico de los cocolos, determinado por el dramático aumento de precios que ha registrado durante los últimos años la importación de autos japoneses? ¿O augura, quizá, ese escaso número de autos rebajados la inminente desaparición del fenómeno cocolo? ¿Es el automóvil, en definitiva, el que pierde protagonismo dentro del universo cocolo, o es este último el que ha comenzado a hacer mutis dentro del panorama social puertorriqueño?

Me aventuro a sugerir que acaso haya llegado, también para los cocolos, la hora de la pos-modernidad. Si fuera correcta esta hipótesis, habrán quedado atrás los gestos fundamentalistas, y muy especialmente aquellos que más radicalmente desafiaban la racionalidad económica del mercado. Confieso que me resulta difícil imaginar qué habría de quedar luego de esta transformación.

“Un cocolo “light”, quizá? Sea como fuere, el mundo de los cocolos parece encontrarse en medio de cambios más o menos profundos. Ignoro si estos cambios prefiguran la desaparición de la identidad cocola. Pero aún cuando esto último ocurriera, estaría muy lejos de extinguirse con ella ese espíritu de tribu que tan arraigado se encuentra entre nuestros sectores populares. Así lo atestiguan, al menos, los numerosos clubes en los que tantos puertorriqueños han reinventado su identidad, ya sea como hábiles jinetes de chongos venidos a menos, ya como ruidosos estrategas del sesudo juego de dominó, o simplemente como flamantes propietarios de esas barrocas motocicletas a las que literalmente no les cabe un adorno más.

Como se ve, la vocación gregaria sigue viva en la parcela. Muy viva.